

llevasen las cargas y víveres, los que, conforme á su uso, echándose las á cuestras, salieron de palacio uno detras de otro, formando por aquellos llanos una fila tan larga que no se acababa de divisar.

CAPITULO III.

SALEN LOS CUATRO CASTELLANOS DE MICHOCAN CON SU COMITIVA Y CON LOS EMBAJADORES DEL REY, Y LLEGAN A CUYOACAN, ADONDE ESTABA DON FERNANDO CORTÉS.

Despedidos ya del Rey de Michoacan los castellanos, cuando se apartaban para partirse, envió ciertos señores con toda priesa á rogarles que habiéndole parecido aquel lebrél que tenían, el más hermoso animal que jamás habian visto, le hiciesen el gusto de remitírselo, que daría por él todo el oro y plata que pidiesen, porque animal tan bravo y valiente que habia venido en compañía de hombres tan esforzados, no podia dejar de ser muy bueno para la defensa y guarda de su persona y casa, entendido que á ellos no les faltarian otros; porque sabia que en el ejército de su

capitan Cortés habia muchos, y que no le negasen su súplica, porque lo sentiria mucho. Causóles pena á los castellanos este mensaje, porque era tan bueno el lebrel, que en aquella sazón no tenia precio, por ser muy corpulento, bravo y diestro en la guerra, y tan temido de los indios, que en soltándole, aunque hubiese diez mil delante, no osaban pasar delante de él. Era tan ligero y tan cebado en los indios, que lo primero que hacia era echar al suelo todos los que embestia, y despues que se levantaban se revolvia sobre los que se alejaban, haciendo presa en la garganta. Halláronse perplejos los españoles sobre lo que harian; y Peñalosa, que era dueño del lebrel, sentia tanto el darle, que decia queria primero morir que privarse de su perro. Pero temiendo todos que si no lo daban de bien á bien, habian de ser sacrificados, persuadieron por último al dueño del animal para que lo entregase, lo que hizo muy contra su voluntad, pudiendo más (como era razón) el temor de la muerte que su excusada porfia. Con esto, uno de los compañeros dijo: que aunque aquel animal era el más apreciado que tenian, servirian con él al Rey de muy buena gana, para que tuviese alguna prenda suya y se acordase de ellos; y que si alguna otra cosa de lo que tenian le parecia bien, gustosos le suplicaban se sirviese de ello,

pues mucho más le debian; y en cuanto á darles por el rescate del lebrel, oro y plata, no lo admitian, porque eran hombres que no habian de vender aquel lebrel á quien eran deudores de mucho mayor precio. Entretanto salieron del patio sin que el perro los viese, como hombres encarcelados que no veian la hora de verse fuera; y el haber dejado en poder del Rey aquel perro tan estimado, les hacia caminar temerosos de que, careciendo de esta defensa, enviaria por ellos el Rey para hacerlos sacrificar á sus ídolos. Acrecentóles este miedo el saber, al cabo de dos dias que caminaban, que se habian hecho solemnes fiestas, en las cuales, con grandes ceremonias para aplacar á sus dioses, determinaron sacrificar el lebrel.

Concurrió al sacrificio mucha gente para ver cómo moria aquel animal tan bravo que tantos indios habia muerto. Hicieron este sacrificio particularmente los sacerdotes de aquel reino con nuevas supersticiones y ceremonias, diciendo al perro, como si los entendiera: « Ahora con tu « muerte pagarás las muertes de muchos, y se « evitarán otras muchas que pudieras hacer, y « se quitará el enojo que contra nosotros tenian « nuestros dioses por no haber sacrificado á los « cristianos que tuvimos en nuestro poder. » Dicho esto tendieron el lebrel, como lo hacian con

los hombres, de espaldas sobre las gradas del templo, en la piedra piramidal: tentándole el lado del corazón con gran destreza con una navaja de pedernal, se lo abrieron, y sacándose, tentaron y ventaron con él los rostros de sus ídolos, y después hicieron su mitote ó baile, cantando, al són de sus funestos instrumentos, las canciones lúgubres que acostumbraban en las muertes de los sacrificados.

Prosiguieron su camino los castellanos; y aunque se veían fuera de la cárcel, que tal lo era aquella casa real adonde los habían alojado, iban tan cuidadosos, que no pudieron gozar del pasatiempo de los hospedajes y de los servicios que los indios de Michoacan les hacían, sospechando que todo era cautela para llamarlos cuando menos pensasen, ó para que descuidándose, aquellos ocho señores michoacaneses los matasen, pues llevaban consigo, sin los de carga, ochocientos indios armados, y por este recelo iban con cuidado, sin apartarse entre día uno de otro, y de noche, puestas á punto todas sus armas, se velaban. De esta manera continuaron su jornada hasta cuatro leguas de Cuyoacan, donde se hallaba Cortés, á quien dieron aviso de su llegada, y la celebró mucho porque ya los tenía por muertos. Envió á encontrarlos con cuatro hombres de á caballo con algun refresco, y cuando los tu-

vo en su presencia, les dió la bienvenida á los españoles y mexicanos, y pasó á obsequiar á los señores de Michoacan: mandóles aposentar y regalar con mucho extremo, digo, esmero. Después que hubo recibido el presente y tratado muy despacio con Montaña y sus compañeros lo que les había parecido de la tierra y de la gente, y cómo el Rey los había querido sacrificar y pedido el lebrél, quedó enterado de todo lo que en el viaje había sucedido.

Dispuso llamar á los embajadores, y para representar la autoridad que convenia, cosa que con aquellas naciones era de gran mérito, se vistió una ropa larga de terciopelo: sentóse en una silla de espaldar, y mandó que en la sala de recibimiento todos los castellanos estuviesen en pié. Entraron los embajadores de dos en dos, haciendo á la entrada de la sala una gran cortesía y otra á la mitad de ella; y cuando llegaron donde Cortés estaba, se levantó este general de la silla, y con alegre semblante les fué abrazando á cada uno: volvióse á sentar, y entónces el embajador más anciano, haciendo á su usanza cierta ceremonia, que imitaban al mismo tiempo los demás, habló de esta suerte: « El gran Rey de Michoacan os
« saluda, persuadido que por la gran fama de
« vuestros maravillosos hechos, extendidos por
« todo el mundo, le ha nacido el más vivo deseo

« de veros, espantado por extremo que con tan
 « poca gente hubiéseis vencido la más fuerte ciu-
 « dad del mundo, cuyos moradores estaban tan
 « soberbios, que les parecia no bastar el poder
 « de sus dioses para humillarlos, y por no hallar
 « contradicción sino en su Rey, dilataron tanto
 « su imperio que por algunas partes se extendia
 « más de trescientas leguas. » Prosiguió el em-
 « bajador diciendo, en nombre de su Rey, que lo
 « más presto que pudiese le iria á besar las manos
 « y á ofrecer su persona, reino y amigos, que te-
 « nia muchos y muy buenos; y que de la comuni-
 « cacion y amistad resultaria el entender lo que
 « acerca de su religion le queria decir; y porque
 « de los cristianos que le envió se informaria más
 « largo de la voluntad y amor que le profesaba, no
 « le decian más sino suplicarle que les respondiese
 « y despachase cuando le pareciere. Agradeció el
 « gran capitán Cortés su venida; y por el intérpre-
 « te dijo á los embajadores: « Que le servia de
 « mucha complacencia de que tales castellanos,
 « criados de tan gran Monarca, hubiesen venido
 « á visitarle para pagar en parte lo mucho que le
 « debia por el buen tratamiento que á sus caste-
 « llanos hizo, y por el presente que le enviaba;
 « y que así, aunque podian irse cuando quisiesen,
 « les rogaba, descansasen algunos dias para ver
 « despacio el asiento de su real, las armas, los

« caballos, los ejércitos y evoluciones de guerra
 « de sus soldados; y que en lo demás deseaba
 « muchísimo ver personalmente á tan gran prin-
 « cipe, que tan poderoso fué para contrabalancear
 « el poderoso del Imperio Mexicano. »

Principió su razonamiento declarándoles, que de venir su Rey á verles, como decian, nunca le pesaria, porque entenderia cosas muy soberanas á él y todo su reino, y que en el ofrecerse por amigo suyo y vasallo del Rey de Castilla hacia más de lo que pensaba, por cuanto por este medio seria más poderoso señor que nunca; y entretanto, en prendas de amistad como él lo habia hecho, correspondia con enviarle algunas cosas de Castilla, que aunque no fuesen muy ricas, por su novedad y extrañeza no dudaban le agradarian y las daria la debida estimación. Mandó luego á sus soldados hiciesen una escaramuza de á caballo y otra de á pié, la que se ejecutó con mucho lucimiento, disparando (sin bala) algunos tiros y escopetas, que causaron á todos los señores de Michoacan extraña novedad por ser cosas para ellos nunca vistas, de que mostraron mucha admiración y espanto, y por otro lado se congratulaban de tener por amigos hombres tan valerosos y de armas tan sobresalientes á las que ellos usaban en sus guerras. Habiendo estado muy gustosos y bien regalados algunos dias en-

tre los españoles con algunas dádivas con que los cortejó el gran caudillo y varias joyas que les entregó para su Rey, les despidió, dándoles algunos castellanos para que fuesen á encaminarlos, con lo cual emprendieron su viaje gustosos, admirados y muy alegres. Entre los castellanos que despachó Cortés para acompañar á los embajadores de Michoacan en su viaje, habia destinado dos de ellos para que tomasen lengua por aquel camino, á fin de averiguar paso más breve para la mar del Sur, que cae al Poniente de México; providencia que manifiesta su vigilancia y cuidado en no ahorrar medio alguno para mirar por los aumentos de los intereses de su soberano. A más de eso hizo la demostracion que pedia la ocasion, con el intérprete que fué al descubrimiento de Michoacan, haciéndole gobernador y Cacique del pueblo de Xocotitlan en premio de la verdad y fidelidad con que habia procedido, y con los demás señores mexicanos que con tanto acierto habian ejecutado su comision, los premió como era razon, sin olvidarse del gran servicio de Montañó y de sus compañeros á correspondencia de tan grande empresa.

CAPITULO IV.

ENVIA EL REY A UN HERMANO SUYO A VISITAR
A HERNAN CORTÉS
Y DESPUES FUÉ A VERLE EN PERSONA.

Llegados los embajadores á la presencia de su rey Sinsicha, dijeron tantas y tan grandes cosas en alabanza y honra de Cortés, que le pusieron en grande admiracion. Preguntóles muy por menor por todo lo que habian visto; y como ellos no fueron á otra cosa, hicieron tan prolija relacion de todo como si muchos meses hubieran estado con los castellanos, de que le nació tanto deseo y inclinacion, que quiso ir luego á ver á Cortés si no se lo estorbaran dos de su Consejo. Mandó hacer particulares sacrificios para que su jornada fuese con voluntad de sus dioses. Los más de los consejeros fueron de parecer que enviase pri-

mero á un hermano suyo que se llamaba *Vitzi-chiltzi*, y éste (como dice el cronista Herrera) se aficionó tanto del capitán general Cortés y de los españoles, que pocos años después acompañó á Cortés, cuando hizo la jornada de Honduras. Debo advertir, ántes de pasar adelante, que cuando entró heredando Sinsicha el reino de su padre Siguanga, afirma la Crónica de esta Provincia (del reverendo padre La Rea) que quedaron con él otros cuatro hermanos, y que los hizo matar, temeroso de que no le quitasen la corona; y esto mismo refiere nuestro ilustrísimo Gonzaga, tratando de la Provincia de Michoacan; pero siendo todo lo que relaciona Herrera sacado de los papeles auténticos que se remitieron al Consejo (motivo porque le copió al pié de la letra con tal cual variedad en esta relacion que hace del descubrimiento del reino de Michoacan y no se halla en otros), me persuado poderse ajustar la diferencia con decir que quitó la vida á los cuatro hermanos mayores, y pudo á éste de que hablamos, perdonarla por ser de ménos edad y confrontar con su natural y cariño.

Con parecer de sus grandes remitió el rey con su hermano más de mil personas de servicio y muchos caballeros que llevaron otras tantas, y le entregó, para presentar á Cortés, mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro bajo, mil

marcos de plata revuelta con cobre, todo en piezas de aparador, y joyas de diferentes hechuras. Ordenóle que mirase con cuidado si era tanto lo que de Cortés se decia, como sus embajadores le habian referido, y si era así que el Imperio Mexicano estaba enteramente destruido, y en qué manera se gobernaban. Era este hermano del rey valiente y discreto, y como llevaba gran deseo de ver á un hombre tan famoso como Cortés, dióse la mayor priesa que pudo en el camino. Con la noticia de que iba persona tan señalada, envió el gran capitán algunos caballeros con el intérprete á recibirle y darle la enhorabuena y bienvenida. Cuando supo que el huésped estaba en su palacio, le salió á recibir á la primera sala; echóle los brazos y le hizo grandes caricias, y tomándole la mano le sentó á su lado: dispuso le diesen de comer y le brindó con una copa de vino castellano, á que hizo muy buen rostro. Y acabada la comida, valiéndose de la lengua del intérprete, le dijo: que sin embargo del gran deseo que le asistia de ver al rey de Michoacan, apreciaba su venida, pues era su hermano, y más cuando tenia gran noticia de su valor y bien que se habia portado en las cosas de la guerra, especialmente contra los mexicanos. *Vitzi-chiltzi* se alegró mucho con estas expresiones y las agradeció con demostraciones y palabras, diciendo á Cortés, que delante

de él no habia ningun valiente; pero que con su persona y con todo quanto tenia le serviria todas as veces que se lo mandase, y que le suplicaba le oyese lo que de parte de su hermano y señor le queria decir. Pidióle primero con grandes cortesias que recibiese aquel presente que alli traia, significándole al mismo tiempo que habia muchos dias, despues que los castellanos fueron á su tierra, que su hermano y él le deseaban ver y hablar, por los maravillosos hechos que de su persona y de los suyos se contaban, y que su hermano ya hubiera venido á visitarle si se lo hubieran permitido los negocios de su reino; pero que lo haria sin duda quanto ántes pudiese: que podia asegurarle era tan servidor suyo, y le seria tan buen amigo, que en lo que se le ofreciese, los tlaxcaltecas, de quienes habia conocido tanta voluntad, no le harian ventaja; y que quedaba con tanta satisfaccion de él, que la mayor merced que le podia hacer era emplearle en algo de su servicio, que lo haria con los de su nacion con tanto esmero, como los capitanes tlaxcaltecas. Añadió (porque los embajadores que habian vuelto á Michoacan contaron cosas tan extrañas de las armas y modo de pelear de los castellanos) recibiria gran merced en que se le mandase enseñar todo y aquellas grandes canoas con que combatió la populosa y fuerte ciudad de México. Pagado

Hernan Cortés del buen talento de este jóven príncipe, y que no deseaba otra cosa, condescendió á su justa curiosidad: despues de haberle con muy buenas palabras dado á entender lo mucho en que tenia sus ofertas, le dijo que el dia siguiente despues que hubiese descansado, le mostraria todo lo que deseaba, para lo cual mandó á sus capitanes aperebiesen la gente para que otro dia formasen escaramuza de á pié y de á caballo, y se preparase la artillería y fusilería con todo cuidado. Amaneció el dia siguiente, y dispuestos todos los militares con buen orden, mandó que hiciesen sus evoluciones y ejercicios: partióse la gente en dos columnas, y habiendo escaramuceado la infantería en forma de escuadron, hizo contra ella la caballería algunas acometidas, jugando la artillería á su tiempo. Acabada la fiesta se embarcó Don Fernando Cortés con el huésped en una canoa grande bien entoldada, para México, acompañado de muchos españoles distinguidos que iban en otras canoas: vió el huésped la destruccion de aquella ciudad imperial, que antes habia visto muy floreciente, y le pareció espectáculo miserable y digno de compasion, que no dejó de sacarle lágrimas á los ojos. Fueron á ver los bergantines, y mandó Cortés que se botase uno al agua, en el cual entraron como cincuenta hombres y navegaron un rato.

Notábalo todo el hermano del rey con mucho espanto y admiracion de ver lo que sus ojos nunca habian visto. Dieron la vuelta muy gustosos á Cuyoacan, y determinó el hermano del rey volverse á su tierra, colmado con los presentes que para el rey y para él le dió el gran Cortés, siempre magnánimo, prudente y en todas líneas generoso, y con esto enderezó su viaje á Michoacan con todo su acompañamiento.

A breves jornadas llegó á la Corte de Itzintzuntzan, donde le esperaba el rey con grande impaciencia, y despues de haber conferenciado largamente sobre todo lo que habia visto, engrandeciéndolo con grande ponderacion el valor de los españoles, y la mucha honra y buen tratamiento que le habian hecho, depuso el rey Sinsicha todos sus temores y se resolvió á ir personalmente á ver á Cortés, previniendo los más ricos presentes de su reino para llevarle. Movióle á hacer esta jornada, segun las historias afirman, lo uno, el ver destruido aquel grande imperio por tan pocos hombres en número, cosa á todos visos maravillosa, y que confederándose con ellos, no solo restablecia su Estado, sino que podia darle crecidos aumentos: lo otro, por parecerle que triunfaba de un reino y de una nacion con quien habia tenido odio implacable, viendo destruida y sujeta aquella ciudad que solia ser el

espanto de las naciones indianas comarcañas. Partió, pues, Sinsicha, por otro nombre Tanguanjan, segun dice Herrera, rey de Michoacan, con la majestad que se deja entender, de un príncipe que nunca se sujetó ni aun al mayor monarca. Desde todas las posadas donde se alojaba, remitía á Cortés mensajeros con grandes comedimientos; y cuando estuvo cerca del ejército castellano, salió el campeon español con toda la nobleza castellana, ricamente vestido, y con música que llevaba muy bien dispuesta, por saber la llevaba el rey prevenida: á poco más de media legua resonaban los campos en admirable armonía, no cesando hasta que el rey y Cortés llegaron á juntarse. Púsose al punto gran silencio; y el rey, haciendo al gran Cortés una profunda humillacion, lo estrechó entre sus brazos, y despues le dijo por sus intérpretes: «Muy valiente y esforzado caballero y caudillo
«de hombres muy valerosos, enviado por el mayor señor que jamas he oído, suplicote perdones mi tardanza, porque como sucede á los
«que gobiernan, no suelen poder cumplir lo que piensan. Yo vengo á servirte y á ser como tú,
«vasallo del rey de Castilla, y así puedes desde hoy mandarme en todo lo que fuere del agrado
«de tan gran príncipe; y porque de lo que te ofrezco han de dar testimonio las obras, recibirás
«ahora cierto presente de oro y plata, joyas y

« otras cosas que hay en mi reino, para que en-
 « tiendas que ofreciéndote mi persona es lo mis-
 « mo servirte con mi hacienda. » No pudo Cortés
 contener la satisfaccion que recibió con las pala-
 bras y obras de este monarca; y así, como era
 razon, le volvió á abrazar y le respondió, que
 admitia la disculpa de no haber venido antes, por
 ser tan justa; que no tuviese de ello pena, y que
 él estaba tan alegre con su venida, y sus palabras
 y obras, que el rey su señor le haria grandes mer-
 cedes por la lealtad con que se ofrecia á su ser-
 vicio, y que con la comunicacion de los españo-
 les conoceria el beneficio que Dios y el rey de
 Castilla hacian á su reino, cuando se desengañase
 él y su nacion de los errores en que tantos años
 los habia tenido ciegos el demonio.

 CAPITULO V.

VUELVE EL REY DE MICHOACAN A SU CORTE, QUEDANDO
 MUY AFECTO A LAS COSAS DE LOS ESPAÑOLES.

Con las pláticas referidas fueron caminando á
 la morada que tenia Cortés en Cuyoacan, quien
 mandó prevenir uno de los mejores oponentos
 para su real huésped. Cortejóle con toda aquella
 magnificencia que le permitia la tierra extraña
 donde se hallaba, y dió orden á todos los cabos
 principales de su ejército, que pusiesen todo cui-
 dado en obsequiar, regalar y asistir á todos los
 señores y deudos que con el rey habian venido,
 para que todos, viendo la cortesía y buen trata-
 miento de los españoles, les quedasen muy afi-
 cionados. Venian estos Caciques de Michoacan
 ricamente vestidos á su usanza, con penachos de
 plumas de varios colores, joyas y collares, con lo